

La Filosofía en México en el Siglo XXI

Dr. Gerardo de la Fuente Lora

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
México.

¿Puede la filosofía ocuparse del futuro? ¿Iluminar autorreflexivamente los senderos de su advenir? La afirmación hegeliana acerca del carácter crepuscular del filosofar, recoge una convicción antigua y una certeza moderna. La reflexión pura, si ha de situarse en la dimensión del rigor que le es propia, tiene vedado el terreno de la anticipación, el deslinde de horizontes inexplorados. El trabajo del concepto, para permanecer al otro lado de la metáfora, debe ceñirse estrictamente a lo que es o ha sido, a las cosas mismas, a los usos válidos de la razón, a la crítica crítica, a lo que vuelve -aunque lo hiciere eternamente. Cuando el se aventura en la esfera de lo todavía no sido, cuando levanta así sea tímidamente la alfombra del aquí, para hacer una cita consigo allende el Ser; cuando se deja llevar por la inquietud de ver del otro lado de la cortina abismal del ahora, inevitablemente el filósofo cae en la ficción, en la literatura. Y aunque aún su audacia conlleve la producción de complejas obras, las mismas se guardarán entonces en otra parte de la biblioteca, en el catálogo de las grandes narrativas. Pues si los balances se hacen en la tarde, los relatos se escriben en la mañana. El escritor Michel Tournier constató esto al comienzo de su libro *El Vuelo del Vampiro*:

“Cabe señalar una diferencia de orientación temporal entre ficción y no ficción. Mientras que la verdad “documental” es siempre retrospectiva, la verdad “de ficción” apunta en todo momento hacia el porvenir”.¹

Es cierto que la “verdad” de la filosofía con frecuencia se desliza a lo ficcional y que al parecer los filósofos no pueden resistirse a la literatura de su decir. De ahí, por poner sólo un ejemplo, la sorprendente floración del bestiario que habita la historia de lo que Hegel hubo llamado “el pensamiento que se piensa a sí mismo”: lechuzas, viejos topos, camellos, caballos, liebres, conejos, palomas, comparten las páginas, frecuentemente, con los conceptos puros del entendimiento. Todo el trabajo deconstructivo de Jacques Derrida, podría evocarse para hacer patente esta omnipresencia de lo metafórico en el filosofar y con ello, si Tournier tiene razón, la perenne tentación de abandonar el cerco del aparecer y comenzar a roturar los baldíos del advenir.

Cuando Descartes, en *El Discurso del Método*, puso todo entre paréntesis y se dispuso a buscar la verdad, para sobrevivir en el lapso entre ese gesto ruptural y el descubrimiento de un nuevo fundamento del conocer, se armó de algunos preceptos de moral provisional a fin de orientarse en el interregno. El primero de ellos recomendaba hacer caso de las opiniones de los hombres más prudentes. Me parece que el consejo sigue siendo válido.

¹ Tournier Michel, *El Vuelo del Vampiro. Notas de Lectura*, 1ª edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 12

Y así, aún constatando los frecuentes deslices literario-ficcional-advinatorios de los filósofos, cabe suponer que algunos elementos de sabiduría habitan en la insistencia en mantener el trabajo del concepto en estricta mirada retrospectiva. En el trance de discurrir sobre el porvenir de la filosofía mexicana en el siglo XXI, lo más prudente, al parecer, es abordar el tema no como el abrirse de lo puramente desconocido, sino tratar de aprehender lo que será imputándole el marco de un modelo, el sello de una figura, la novedad de una repetición.

Los posibles del filosofar en México pueden examinarse a partir de la descripción de la situación actual como un cambio del estatuto del conocimiento en nuestra sociedad. Tal es, se recordará, la definición misma de la situación posmoderna de acuerdo al examen que de la misma nos propone Jean Francois Lyotard. En efecto, las filosofías en mi país, reflexionarán en las próximas décadas, desde registros muy diversos, al interior de variadas tradiciones de pensamiento, dispositivos de producción e instituciones, y con frecuencia por medio del vocabulario de los temas y problemas de la filosofía perenne, en torno a nuevas maneras de existir los saberes tanto en lo social como en las relaciones de los individuos consigo mismos. A través de los rasgos que caracterizan a las diferentes escuelas y corrientes, la filosofía en México aborda hoy, y lo seguirá haciendo en el futuro próximo, los dos temas que definen la posmodernidad lyotardiana, a saber, la mercantilización del conocimiento -con la digitalización de sus lenguajes constitutivos- y el fin de los metarrelatos de legitimación. Cuando, por ejemplo, en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México, se desarrollan programas de investigación en torno a la filosofía de la mente, si bien se examinan en ese campo las preocupaciones determinadas por su paradigma, al mismo tiempo se construyen, concientemente o no, conceptos y escenarios acerca de si es posible la existencia de lo mental fuera del soporte cerebral humano, o bien si es posible y cómo simular lo neuronal en redes físicas o conceptuales que permitirán separar la capacidad de construir significados de su origen en la testa humana y colocarla, imbuirla, en bienes y objetos en última instancia intercambiables.

En el mismo sentido, para continuar con la misma tonalidad, la investigación que se desarrolla en la Maestría en Estética de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, en torno a las imágenes tecnológicas constituye una reflexión en torno a la mercantilización o no de las características expresivas de la subjetividad que hasta hace poco fueron subsumidas en la categoría de lo artístico.

El fin de los metarrelatos de legitimación y sus consecuencias se tematizan explícitamente, a veces, discutiendo la cuestión de la posmodernidad. Pero más significativa que esa alusión directa, resulta el florecimiento de proyectos y grupos de investigación que, habiendo terminado la gran narrativa del progreso, redescubren aspectos del pasado que se habían mantenido fuera de la agenda investigativa hasta hace muy poco. Verbigracia, grupos que entre la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y el Instituto de Investigaciones Filológicas de la misma institución, junto con investigadores de la Universidad de Zacatecas o de Guadalajara, se han dado a la tarea de reestudiar el medievo europeo (han instituido un festival anual llamado "medievalia") y recuperar para la filosofía el examen de las producciones novohispanas que habían sido coto de los literatos y críticos de arte. Las investigaciones sobre multiculturalismo, en fin, que florecen en muy diversas esquinas del aparato de producción filosófica, son un síntoma del agotamiento de visiones y tradiciones que llegaron a suponer que el significado y las posibilidades de lo universal en la cultura y la política humanas se habían dilucidado ya.

Muchas publicaciones recientes de la filosofía en México podrían colocarse en el marco de esta problemática doble: mercantilización-digitalización del conocimiento y fin de los metarrelatos de legitimación. Aunque cabe suponer que en los próximos decenios estos asuntos seguirán articulando el trabajo del concepto -por lo menos hasta que una nueva fase del capitalismo se hubiere consolidado- no sería correcto suponer el porvenir como una simple prolongación indefinida de las tendencias actuales. Y ello porque si algo caracteriza a nuestro tiempo, como parecen mostrarlo los investigadores latinoamericanos en ciencias sociales, es una experiencia del sí mismo en cuanto ruptura; la subjetividad como presentimiento del acaecer de lo inaudito.

Si, como decíamos arriba, para mantenernos en el área del rigor filosófico es necesario mirar hacia atrás, cabe entonces volver a traer a presencia un momento pretérito en que la experiencia de sí tuvo características rupturales semejantes y examinar cuáles fueron las derivas de ese punto, para elucubrar sobre las potencialidades de que ese futuro-pasado vuelva.

En cuanto suceso acontecido en el ambiente de un exceso de verdades, de una proliferación superabundante de saberes, y no de su falta; en tanto desorientación producida por las demasiadas certidumbres reclamando el asentimiento del espíritu, nuestra situación de hoy puede parangonarse con el éxtasis cartesiano. También nosotros enfrentamos ahora la vivencia de que lo que considerábamos verdadero se mostró de pronto falso y no contamos con criterios suficientes, con un método que nos dé seguridades en los próximos avatares del saber. El gesto de Descartes consistió, ante la confiabilidad repentina del mundo, en abrir paréntesis y no dedicarse a otra cosa que a la búsqueda de la verdad hasta que algún fundamento indubitable no pudiese ser descubierto. La búsqueda de un método que asegurara un cien por ciento de verdades, requeriría, ha observado Bernard Williams, un cien por ciento de recursos y de tiempo. El autor de las *Meditaciones Metafísicas* dió lugar así a un nuevo empeño humano: el proyecto de la investigación pura.

El cartesianismo funda la modernidad al reclamar para la razón -y no para las costumbres, jerarquías o poderes existentes- los únicos títulos que podrían validar el conocimiento. Sólo la razón ha de sustentarse a sí misma y a sus productos. El camino del pensamiento crítico abre aquí su recorrido. Pero no se trata sólo, aquí, de un avatar de la razón, sino que en un sentido más específico fue un momento clave para la organización social-institucional del trabajo del pensamiento, Descartes se deslindó de la escolástica, pero no únicamente en los términos de ciertos hábitos argumentales o de prueba, sino que terminó confrontándola en tanto modelo de profesional de quienes hacían de la reflexión su ocupación principal. La duda cartesiana y el proyecto de la investigación pura, al postular una subjetividad, una interioridad fundante de la que se podría hacer la descripción siguiendo procedimientos estrictos y rigurosos, recortó el espacio para el surgimiento de la nueva profesión filosófico-universitaria, y de los modernos departamentos y facultades de filosofía.

Si en efecto nuestra coyuntura se parece a la que vivió el autor de *Las Pasiones del Alma*, entonces estamos asistiendo no únicamente a un cambio de los temas y el *pathos* filosófico, sino más concretamente experimentamos una transfiguración y un fuerte debate en torno a las características de la profesión filosófica como quehacer institucional concreto, con sus edificios, dispositivos de producción, sus formas de conservar y recrear la memoria del oficio, sus rutinas de reconocimiento, aceptación y exclusión. No es un

problema de desarrollo organizacional, técnico y tecnocrático de los departamentos de filosofía. Es un asunto que pasa por la existencia o no de un nuevo método de la razón, en el mismo sentido en el que la epistemología cartesiana, con su subjetividad fundante, dio pie a un tipo de profesional -el filósofo- que, lo mismo que los químicos, los ingenieros, los biólogos, podía reivindicar para sí y para su gremio, la posesión exclusiva de una habilidad, de un conocimiento, que les hacía dignos de poseer un departamento y un presupuesto propios.

La filosofía mexicana discute y discutirá, explícita o implícitamente, el carácter mismo de su ser como institución. Lo que el profesional debería ser, sus procesos de formación y validación, están sujetos conflicto al mismo tiempo que se debaten, directa o indirectamente las cuestiones de la mercantilización del saber y la crisis de los metarrelatos de legitimación. Se dirá que siempre en nuestra disciplina está en juego el perfil del filósofo. Es cierto. Pero el tema adquiere su singularidad aquí y ahora, en México, porque el debate se desarrolla como un hablar *entre profesionales*. No son los tiempos ya de los fundadores, de los librepensadores, periodistas, poetas, intelectuales liberales y generalistas que fundaron la posibilidad de la filosofía mexicana a través de investigaciones audaces y creativas, con frecuencia al calor de coyunturas políticas que les reclamaban. Es cierto que cuando se hubo dudado de la existencia de filosofía en México -y en Latinoamérica- no se consideró, en un primer momento, que las urgencias del vivir en el subcontinente hicieron que el trabajo del concepto se expresara en géneros no académico-europeos: se filosofó en la forma de ensayos, hojas volantes, columnas periodísticas, manifiestos políticos, poesías, y en pocas ocasiones a la manera del tratado *more geometrico*.

Hoy, en cambio, existe tal vez medio centenar de instituciones de educación superior, públicas y privadas, que forman licenciados y posgraduados en filosofía. La mayoría de ellos se agrupan en la Asociación Filosófica de México, compuesta por más de cuatrocientos miembros, y los productos de su reflexión adoptan generalmente la forma de la cátedra escolar y el artículo para publicaciones especializadas. Alcanzar este grado de profesionalización significó, y significa, ampliar y diversificar a cada momento la cobertura geográfica de la enseñanza. La institución de la filosofía en México nació centrada en la Universidad Nacional Autónoma de México, y dentro de ella, hasta hace muy poco, el Instituto de Investigaciones Filosóficas concentró el grueso de los recursos económicos y de los poderes de publicación, difusión, reconocimiento e intercambio internacional. Aún hoy los miembros de esa entidad se ubican en la mayoría de las comisiones o instancias que, por parte del Estado, otorgan becas, apoyos y reconocimientos a los filósofos mexicanos. La labor del Instituto fue muy importante para la consolidación de la profesión. En su seno se realizaron traducciones de obras fundamentales, se vinculó a los investigadores domésticos con las academias de otras latitudes, se estimuló un rigor y una seriedad necesarias, en fin, se mantuvo al país dentro de la contemporaneidad de las agendas de discusión de la filosofía en el mundo. Lamentablemente su accionar fue con frecuencia elitista, asociado exclusivamente a la filosofía analítica y fuertemente vinculado con los grupos controladores de los poderes y las políticas culturales estatales.

El debate actual sobre el futuro de la filosofía en México, en tanto institución concreta y dispositivo material para el ejercicio y la difusión del pensamiento, que se transmina por entre las discusiones de todas las temáticas, confronta a las Universidades de la capital del país con las del interior. No es, o no lo es simplemente, un conflicto federalismo-centralismo al estilo del siglo XIX. Es sobre todo una confrontación entre tradiciones

alternativas de pensamiento en que las diferentes escuelas o agrupamientos de profesionales se vinculan con redes internacionales diversas. Por ejemplo, mientras que el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM se relaciona prioritariamente con instituciones analíticas norteamericanas y españolas, los profesores de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos se preocupan por la filosofía de la cultura y crean redes con Eugenio Trías en Barcelona y también con la Universidad de Deusto; la Maestría en Filosofía Política de la Universidad Autónoma Metropolitana ha entablado nexos fuertes con instituciones alemanas y ha traído al país a Habermas y a Karl Otto Appel; un grupo del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM y de la Facultad de Filosofía de la misma institución, ha centrado su investigación en la problemática de la otredad desde una perspectiva hermenéutica, y ha establecido contactos con Jacques Derrida y traído al país a Maurizio Ferraris; en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, en fin, hemos desarrollado vínculos latinoamericanos, cada año realizamos un encuentro con el Instituto de Filosofía de la Habana, mantenemos lazos con el Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, pero también tenemos lazos con universidades norteamericanas y con la Universidad de Lyon, en cuestiones relativas a la estética.

Hablamos de vías de circulación y creación del pensamiento, de temáticas diversas, de inquietudes, estilos intelectuales e idiomas variados. Acaso se trate, en el fondo, de modelos alternativos de mundialización del saber. Pero nos referimos también a diferentes formas, en cada grupo, en cada circuito, de concebir la institución concreta del filosofar. Ahora bien, si estamos en lo cierto en el sentido de que nuestra coyuntura contemporánea es similar de muchas maneras a la del momento cartesiano, entonces es de prever que de alguno de estos círculos, y como resultado de su confrontación, surgirá un nuevo fundamento que, como la subjetividad interiorizada de Descartes, marcará un hito y un hiato en el devenir de la filosofía. Nacerá una nueva forma, privilegiada y hegemónica, de argumentación y rigor con sus consecuentes manifestaciones en términos de organización de la profesión. Habrá, pues, una ruptura, un cambio de paradigma cuyo contenido no es posible predeterminedar.

Aunque ya puestos a especular, creo que la nueva forma principal del filosofar será una vinculada al quehacer de la ficción. Precisamente porque el futuro del capitalismo parece desmaterializar cada vez más el mundo de la vida, y ubicarnos en la producción y mercantilización general de ilusiones. La gran fuerza de la cultura latinoamericana ha sido siempre la literatura. Incluso en la filosofía urgente que nos singularizó durante mucho tiempo, lo característico fue la deriva metafórica y estilística de las nociones, conceptos y categorías.

Quienes nos vinculamos a la tradición latinoamericanista, estamos, pues, bien colocados para transitar por la gran mutación que se avecina.